

Marco Sifuentes

K.O. P.P.K.

Caída pública y vida secreta
de Pedro Pablo Kuczynski



MEMORIA PERÚ

 Planeta

Marco Sifuentes

K.O. P.P.K.

Caída pública y vida secreta de
Pedro Pablo Kuczynski

Con la colaboración de
Jonathan Castro

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

K. O. P.P.K.

©2019, Marco Sifuentes

Diseño de portada: Talento Creativo

Fotografía de portada: Lino Chipana/ *El Comercio*

Diseño de interiores: B.Mad

Corrección de estilo: Juan Carlos Bondy

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2019

Tiraje: 5,000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-439-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900604

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-07103

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecosami.com

Lima – Perú, julio 2019

Índice

<i>Trigger warning</i>	9
Cuarenta días después	15
1. No los defraudaré	21
2. <i>Ce n'est pas le Pérou</i>	36
3. Bien folclórico todo	46
4. La fuga del banquero <i>hippie</i>	60
5. Un pequeño acto de suicidio	70
• Mientras tanto... KEIKO	87
6. <i>I know what you did last time</i>	107
7. Un ministro de la gran flauta	120
8. Voltear la página	133
9. <i>American Idol</i>	148
10. Paranoias, piñatas y peluqueros	163
• Mientras tanto... KENJI	176
11. Puertas giratorias	195
12. Una razón legítima para el apuro	215
13. Murallas chinas	229
14. Espero que estemos haciendo lo correcto	243
15. <i>Highway to hell</i>	261
16. El presidente que se robó la navidad	280
• Mientras tanto... KENYA	290
17. PPKeiko	311
18. PPKenji	327
19. Ya qué chucha PPK	340
20. K.O. P.P.K.	359
EPÍLOGOS	381

*A Víctor, mi padre,
por las raíces y por las alas.*

Trigger warning

Este libro es una fábula de expresidentes presos, empezando por Leguía. Es una épica de hijos luchando por sus padres, reales y adoptivos. Aunque, también, es Electra al revés. Es, en líneas generales, la narración de un ascenso y de un derrumbe. O de varios, incluyendo el ascenso y el derrumbe de la ilusión democrática peruana del siglo XXI. Y, por eso mismo, es la disección de algunos negocios. Muchos negocios.

El título de este libro alude a un evento específico de nuestra historia política reciente, pero, al momento de indagar por sus causas últimas, hubo que asomarse a las costumbres de la clase dirigente limeña, al manejo de las finanzas internacionales y al melodrama de la familia Fujimori. Todo eso, a su vez —desde la política, desde los negocios y, con demasiada frecuencia, desde ambos en simultáneo—, engloba una forma de conducir nuestro país que se revela en estas páginas como inmutable. Por eso, este libro, que podría ser muchos, es un solo relato. Cada eslabón lleva al siguiente.

K.O. P.P.K. no pretende abarcar la biografía entera de un personaje que, por lo demás, aún continúa con su trayectoria vital. Sí se trata de un recuento no autorizado de la vida pública de Pedro Pablo Kuczynski. Por esta razón, se resolvió no buscar una entrevista con él. Su versión de cada acontecimiento controversial está consignada.

Hay un viejo Perú que ha colapsado en estos años. Kuczynski fue el quinto presidente peruano al que se le dictó una orden de detención. El tercero en terminar en una celda. El lector decidirá si se

trata de un destino justo. De lo que no queda duda es de cuán representativo era PPK de ese antiguo orden, de ese viejo país. Un Perú que, como diría Hemingway, está destruido, pero no derrotado. Es muy pronto para decretar la defunción de nada. Por ese motivo, hay también en estas páginas una interrogante generacional. Para los que nacimos a fines de los 70 o inicios de los 80, estos han sido los años en los que vimos a miembros de mi generación ejerciendo el poder. Keiko Fujimori (1975) y su hermano Kenji (1980) son los ejemplos más saltantes, pero, ni de lejos, los únicos. De hecho, tengo una cercanía personal con algunos de los personajes —nombrados o no— de las próximas páginas. Intentar un *disclaimer* en cada caso sería farragoso e inútil. Quizás este libro entero es su propio *disclaimer*.

Vale la pena advertir de algo que podría ser atribuido a una deformación profesional —y también lo es—, aunque se trata, en buena parte, de un código de clase social: el uso del idioma inglés. Hay una razón por la que, en las siguientes páginas, las citas en ese idioma se han mantenido tal cual. Para las encuestadoras, ganar más de seis mil soles ya te convierte en parte del ‘sector A’. Pero en la realidad peruana, la clase alta limeña tiene una serie de protocolos que determinan tu integración a ella o, por lo menos, su aprobación. El dinero no es suficiente. Una de esas señas es el uso frecuente de expresiones en inglés. Conservar inalteradas las citas en ese idioma, además de mantener fidelidad a lo dicho, permite que el lector ubique en sus propias coordenadas cuán cercano o lejano se sitúa respecto del mundo de la persona citada. La forma, en este caso, ayuda a comprender el fondo.

Nuevamente he tenido el privilegio de contar con la colaboración de Jonathan Castro, sobre todo en la investigación y el *fact-checking*. Entre ambos, conversamos con un total de 102 personas. Muchas de esas conversaciones se pactaron *off the record*. Más de la mitad de los sucesos narrados en estas páginas son muy recientes, protagonizados por políticos aún en actividad, y muchos de ellos están siendo, actualmente, investigados por las autoridades correspondientes. En esos casos, la reserva de sus identidades no era solo una necesidad

personal sino un requerimiento procesal. Por otro lado, dejo aquí constancia de mi agradecimiento a quienes aceptaron aparecer con su nombre y apellido.

En el caso de los eventos más delicados que se cuentan por primera vez se ha aplicado la célebre regla de las tres fuentes desarrollada por el *Washington Post* durante su investigación de Watergate: solo si tres fuentes independientes confirman un suceso, este puede publicarse con certeza. Cuando no se pudo conseguir la corroboración triangulada, se ha procurado dejar muy en claro que se trata de una versión de parte. Con todo esto quiero decir que cada dato y cada nombre que aparecerán en las siguientes páginas ha merecido una ponderación considerable. Cualquier error es únicamente atribuible a mí.

En cuanto a los tejes y manejes de las finanzas internacionales, se ha privilegiado lo didáctico sobre lo específico. Es más útil —y sorprendente— para el lector comprender el mecanismo, en vez de detenerse en la minuciosidad de cada detalle. Para ampliar la exactitud de cada jugada, se puede recurrir a los apuntes documentales, al final de cada capítulo, en donde se ha proporcionado material de lectura complementaria para el interesado en algún asunto en particular.

Marco Sifuentes

Madrid, 24 de junio de 2019

No te metas en política.
MAXIME KUCZYNSKI, poco antes de morir,
a su hijo Pedro Pablo.

Cuarenta días después

¿Y si el doctor Kuczynski se muere ahora?, pensó el chofer, temiendo lo peor. ¿Por aquí? Sí, por aquí. Su jefe lo dirigía desde el asiento de atrás, con la voz apagándose, tú sigue el río nomás. Estaba seguro. Él conocía. Qué terco puede ser el doctor Kuczynski, pensó Pepe Luchín, y pisó el acelerador.

El señor Pedro Pablo, de 79 años, había decidido tomar una lata de Red Bull a 3700 metros sobre el nivel del mar. El previsible ataque de taquicardia le sobrevino cuando estaban cerca de la localidad de Chinchero, en Cusco. No quiso ir a la posta médica más inmediata; insistió en que conocía una clínica cercana. Su chofer de más de una década, Pepe Luchín, asustado, contempló la vastedad deshabitada de la carretera que serpentea junto al río Vilcanota. El crepúsculo iluminaba el camino. Volvió a pisar el acelerador.

* * *

Era mayo de 2018. Hacía poco más de un mes que había renunciado a la Presidencia de la República del Perú. Pedro Pablo Kuczynski pensó que eso significaría volver a su vida normal. Pero a los tres días de su renuncia, unos fiscales allanaron sus casas, congelaron sus cuentas bancarias y le prohibieron salir del país. Quedó completamente solo en su enorme casa de San Isidro, una residencia de 700 metros cuadrados que en los últimos años andaba siempre rebo-sando de gente. A la amarga visita de los fiscales solo le siguieron el

silencio y la quietud, que se instalaron para siempre en su casa. Nada más lejos de lo que alguna vez fue allí la normalidad. No le quedaba nadie. Su esposa, fuera del Perú, le dijo que no volvería nunca más a ese país ingrato. Sus hijas vivían en Estados Unidos. Su hijo nunca había pisado esa casa ni la pisaría jamás. Todos sus amigos, los que quedaban, se habían esfumado.

Con el pasar de los días, el vacío fue ocupado por expedientes, cientos de papeles amontonados uno encima de otro, un ominoso recordatorio de que podría pasarse lo que le quedaba de vida yendo y viniendo de procesos judiciales, sin que a nadie le importase. Un amigo que lo visitó un par de semanas después de su renuncia lo puso así: “Para alguien que se creía la mamá de Tarzán, la indiferencia de todo el mundo es lo más duro”.

No tenía prohibido salir de su casa, solo del Perú. Pero era casi lo mismo para él, que no quería poner un pie en la calle. Recibía a sus pocos visitantes con un vaso de agua, con la excusa, medio en broma, del congelamiento de sus cuentas. Al mismo tiempo, llenaba de gin el vasito de plástico azul que siempre usaba cuando quería ocultar la cantidad de alcohol que se servía. El temblor de sus manos amenazaba con derramar el líquido y dejarlo en evidencia pero él, como de costumbre, parecía no darse cuenta. Luego, comentaba que ya estaba traduciendo sus memorias del inglés al español. Se volvía a servir un buen trago. Gastaba una broma tonta. Por último, deslumbraba a su contertulio con su mejor y más viejo truco: un fascinante análisis, con asombrosa precisión, del más reciente incidente económico internacional. Y volvía a llenar el vasito azul.

Otro de sus coetáneos grafica su situación así:

—¿Has visto *Sunset Boulevard*?

Es una película de 1950 sobre una antigua actriz del cine mudo, que deambula —solitaria, desfasada y olvidada— en su mansión mientras mira, una y otra vez, proyecciones de sus viejas películas, se viste con sus mejores galas y contesta cartas de sus fans, que en realidad son escritas por su mayordomo.

—Ya, así está Pedro Pablo. Solo que en buzo.

Toda exageración surge de una verdad. El expresidente parecía empecinado en convencerse de que la vida continuaba como antes, de que el final no había llegado aún. Pero pasaba el día en una soledad impasible, leyendo, tomando, sin salir a la calle, cada día idéntico al anterior y al siguiente. Si no era el final, empezaba a parecerlo. Quizás por eso decidió retomar su añeja costumbre de recorrer el Perú en camioneta. Dejar Lima, pasear bajo el sol del Urubamba, volver a la normalidad. Quería estar atento todo el trayecto “porque yo tengo que estar despierto para ayudar al chofer”, así que, en el camino, se compró una lata de Red Bull. Después vinieron la taquicardia, la voz apagándose, la necesidad de ir por la carretera junto al Vilcanota.

* * *

Pepe Luchín llegó a tiempo al lejano poblado de Coya, en Calca, y el doctor Kuczynski se internó en la Clínica Kausay Wasi, una iniciativa social en la que la mitad de los médicos son voluntarios extranjeros. En los Andes hay pocos lugares más concurridos que el Urubamba, lo que significa que no escasean las postas médicas en caso de emergencia. Pero el expresidente quería atenderse en Kausay Wasi. Conocía el local gracias a una visita durante la campaña y se había sentido a gusto. Acogido. Algo allí resonaba dentro de él. Esos doctores eran gringos rodeados del Perú más profundo. Como su padre. Incluso, quizás, como él.

Un par de días después, ya recuperado, accedió a tomarse fotos con los lugareños. Las imágenes se filtraron a los medios. Fuera de contexto, habría parecido otro viajero sonrosado de los tantos que recorren el Valle Sagrado. Se le veía sonriendo, feliz de la vida, como si nada, como si se estuvieran tomando la foto con él por gringo y no por expresidente, como si pudiera volver a Wisconsin, como si los dos últimos años jamás hubieran ocurrido, como si hubiese seguido el consejo de su padre.